

***“... y cada uno los oímos hablar de las grandezas de Dios en nuestra propia lengua.”*** (Act 2,11)

En Pentecostés, los discípulos y todas las naciones que se unieron a la fiesta en Jerusalén sintieron algo que nunca habían sentido antes. No entendieron lo que era, no sabían si venía de Dios o no.

Algo nos ha pasado también a nosotros. Algo nos ha arrollado y no hemos entendido lo que era. No esperábamos tal pandemia y nos hemos sentido asustados, inseguros, sorprendidos. No sabíamos si esto venía de Dios o no, si era bueno para nosotros. Pero si buscamos la respuesta en el Evangelio, la podemos encontrar. Dios ilumina las tinieblas de nuestros corazones y, nos enseña por qué están las cosas en orden y cómo las cosas encajan en el orden divino.

Dios nos deja que nos sorprendamos, deja que pasen las cosas que no entendemos. Percibimos si una cosa es buena o mala, pero debemos estar seguros de que Dios piensa de manera diferente. Tenemos que mirar al mundo y todo lo que pasa a nuestro alrededor a la luz de los planes de Dios, a la luz de nuestra salvación. Recibimos la respuesta solo si tratamos de entender la buena noticia.

En Pentecostés en Jerusalén, la gente entendió la proclamación del Evangelio. Dios hizo que se entendieran los unos a los otros, para así entender mejor a Dios. Fue el Espíritu Santo quien hizo posible que se entendiera el Evangelio. No creáis que hubiéramos sido capaces de hacerlo sin la gracia del Espíritu Santo, pero tampoco penséis que carecemos de esta gracia. Tenemos cada uno de los dones que necesitamos para entender el Evangelio y, a través de ellos, podemos conseguir entender las cosas que pasan a nuestro alrededor y por qué Dios deja que pasen.

Aún sabemos poco de la situación que nos rodea; la pandemia supone todavía un peligro y aún nos depara grandes sorpresas, pero hemos empezado a volver a la normalidad poco a poco. Aunque no podemos dar por sentado que tengamos que volver a la misma forma de vida que teníamos, podemos estar seguros de que lo que Dios está preparando para nosotros será muy bueno. Tenemos que empezar a apreciar esas pequeñas cosas que Dios nos redescubre. Cambiar nuestra forma de vida paso a paso nos permite pararnos en cada etapa y dar gracias por esas pequeñas cosas. Demos gracias por la Santa Misa a la que podemos volver a asistir, por el contacto con la familia que podemos volver a hacer en persona, por reunirnos con los seres queridos, por reunirnos con los hermanos y hermanas de la fraternidad desde donde sea que ya lo hagamos. Esto también puede alentar también a aquellos que todavía tienen que esperar para disfrutar de ello. Demos gracias por poder volver a trabajar y oremos por los que no pueden. Seamos más solidarios con aquellos cuya vida se ha vuelto más difícil debido a cuestiones de salud, económicas o políticas. Sintámonos en la obligación de fortalecer nuestras fraternidades a todos los niveles para que nuestra vida proclame el Evangelio del Señor y que otros puedan verlo, puedan entenderlo.

El Espíritu Santo nos dio siete maravillosos dones: sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad, temor de Dios. Cada uno de nosotros sabrá cuál es el más necesario o cuál es el que más querríamos tener. Oremos por éste y por otros dones del Espíritu Santo y para

que nos llene con más dones de los que podamos imaginar. Nos guste o no, otra gente está buscando a Dios en nosotros, en nuestros actos, nuestros pensamientos, en cómo vivimos nuestras vidas. Pidamos al Espíritu Santo que nos convierta en buenos instrumentos de su amor, sabiendo que Sus dones no los recibimos para nosotros, sino para los otros, para nuestros prójimos.

Deseo a todos mis hermanas y hermanos que este Pentecostés sea para nosotros un momento para entender mejor el Evangelio, la buena noticia y entendernos mejor los unos a los otros para que al final podamos comprender mejor el plan divino de Dios. También “para que, interiormente purificados, interiormente iluminados y abrasados por el fuego del Espíritu Santo, podamos seguir las huellas de tu amado Hijo, nuestro Señor Jesucristo” (cf. San Francisco: Carta a toda la Orden).

*Tibor Kauser*

*Ministro general del CIOFS*